CAPITULO XII.

EN EL QUE SE VE QUE LA DESGRACIA TIENE NO POCA PARTE EN LA EDUCACION DE LAS BRUJAS.

Desde que supe que mi marido estaba de regreso en la Habana, me propuse convertirme en su sombra, hasta averiguar el paradero de mi hijo, pero para poner en planta este proyecto, era necesario contar con el Marqués, y este se negó resueltamente á dejarme salir de su casa, ofreciéndome que él seguiría sus pesquizas para encontrar á mi hijo.

Me fué preciso resignarme por lo pronto; pero á los pocos dias me fugué de la casa del Marqués.

Para poder llevar á cabo mi proyecto, era necesario disfrazarme, tanto para que no me conociera mi marido, como para que no me encontraran las personas á quienes el Mar-

CAPILLA ALFONSINA

qués habia comisionado para que me buscasen.

Cuando salí de la casa del Marqués me felicité de encontrarme libre, y comenzé á vagar por las calles.

Pero ¡ay! bien pronto conocí á cuántos riesgos me esponia y cuántos trabajos me esperaban.

No habia tomado ninguna precaucion, ni estaba prevenida en manera alguna contra la adversidad, ni contra el hambre, pues aunque me ocurrió llevar algun dinero, la idea de que aquella precaucion podia parecer al Marqués un robo, me detuve.

Salí pues con solo la ropa que tenia puesta y sin dinero.

Ya muy entrada la noche me senté á descansar sobre una piedra á extramuros de la poblacion.

Sobre aquella piedra tuve que decidir de mi suerte. Apenas acababa de sentarme, un grupo de gente perdida se acercó á mí.

Me venian siguiendo.

Eran dos mugeres jóvenes de mala vida, una vieja y un muchacho.

Rubor me causa todavía recordar el género de proposiciones que aquellas infámes me hicieron.

Les contesté indignada, pero aquellas mugeres validas de la oscuridad de la noche y del sitio aislado en que nos encontrabamos no vacilaron en emplear la fuerza para conducirme.

A pesar de mis gritos, me vi arrastrada y conducida á empellones por aquellas fúrias.

Una de aquellas mugeres me hacia sentir repetidas veces la punta de un puñal en la garganta, y cada vez que pedia yo socorro, era golpeada hasta que me decidí á caminar en

silencio.

Al atravezar una de las calles de la ciudad, unos marineros trabaron conversacion con las mugeres, que se desprendieron de mí por un momento.

Yo me aproveché de esta circunstancia, y eché á correr desesperadamente. Atravezaba calles y plazas con una rapidéz de que yo misma me asombraba, y corrí, no sé cuanto tiempo, hasta que me faltó la fuerza y el aliento.

Me dejé caer en el quicio de una puerta, y á poco perdí el sentido.

Cuando volví en mí me vi en un lecho de paja, en el rincon de una pocilga negra é inmunda.

Una vieja velaba á mi cabecera.

Esta vieja era una bruja. Repuesta de mi sorpresa, me felicité de haber cambiado de compañía.

Entre la prostitucion y la brujería, me decidí por lo segundo, y algunos dias mas tarde era yo tan bruja como aquella muger, que me habia recogido desmayada á la puerta de su casa.

—¡Ave María Purísima! dijo la amiga de Teodora. Si yo hubiese sabido que su merced éra bruja, no le ofrezco un rincon en mi casa.

—No hay por que alarmarse, mi buena amiga, repuso Teodora cariñosamente, tan bruja soy á mi vez, como usted puede serlo.

—¡El Señor me asista, que no me faltaba mas, que morir tostada!

—Cálmese usted Doña María; que así se llamaba aquella muger, cálmese usted, continuó Teodora, y bien pronto tendré ocasion de probarla que no hay tales brujas. El vulgo

CAPILLA ALFONSINA

dá acceso por su ignorancia á ciertas cosas, que en realidad no tienen nada de extraordinarias.

—¿Qué no es cierto que hay brujas? y cómo si las hay, y mueren quemadas, y con estos ojos las he visto tostar en la plaza de Santo Domingo.

—Repito, Doña María, que yo probaré á usted, que aunque hayan quemado á algunas infelices, ni ellas fueron brujas jamas, ni los mismos tal vez que las quemaban tenian seguridad de la existencia de seres extraordinarios.

La brujería no es, en último resultado, sino una especulacion productiva, y nada mas.

—¿Con que es productiva? preguntó Doña María, abriendo mucho los ojos, porque era avara.

—Muy productiva, contestó Teodora.

—¿Y se llega á ser rica, siendo bruja?

—Infaliblemente.

Doña María pareció reflecionar y empezaron á disiparse sus escrúpulos con respecto á las brujas.

Teodora continuó despues de un momento.

Aquella muger me facilitó todos los medios necesarios para disfrazarme, y me ayudó admirablemente en mis proyectos, asi como no pocas veces se aprovechaba de mis consejos y ó bien me los agradecia cuando, le producian un resultado faborable, en asuntos triviales, ó bien la disuadia de meterse en empresas peligrosas y criminales.

Con la ayuda de mi inteligencia superior á la de la bruja, por causa de mi educacion, aquella muger cobró una fama asombrosa en predecir la buenna ventura, y las consultas eran tan repetidas, como espléndidamente remuneradas.

Desde que pude encontrar la pista de mi marido y seguir

lo impunemente merced á mi disfraz, con el que nádie me hubiera reconocido, fuí testigo cási siempre de todos los episódios de la horrorosa historia de mi marido.

De intento no quiero relatar una série de crímenes y de maldades de todo género, que hacian de aquel hombre el ser mas despreciable y odioso del mundo. A pesar de mi constante vigilancia, no pude saber el paradero de mi hijo.

Llegué á cerciorarme de que para aquel hombre era esto una historia completamente olvidada.

Mi juventud se marchitó tras de la capa de ingredientes con que diariamente desfiguraba mi rostro, é hice el papel de vieja, durante algunos años. El producto de mis especulaciones y mi miserable modo de vivir, me proporcionaron una suma cuantiosa, que aumentaba cada dia, con la esperanza de encontrar á mi hijo, y ofrecérselo en cámbio de todas las caricias que le habian faltado desde aquella noche terrible.

Mi marido complicado en negocios de mal género, se vió precisado á venir á refugiarse á las Américas, y entónces decidí venir tambien en su seguimiento, porque un secreto presentimiento que me acompaña dia y noche, como una sombra, me dice que encontraré á mi hijo algun dia, siguiendo por todas partes al autor de mi desgracia. Yo seré algun dia la conciencia que se levantará delante de mi marido para pedirle cuenta de mi hijo y de mi dicha.

Por esa época supe la muerte de Don Eduardo Manrique.

Aqui ya no le temo á mi marido, y está próximo tal vez el dia de la justicia.

Esta fué la primera conversacion de Teodora con Doña María.

CAPILLA ALFONSINA

En las noches subsecuentes, Teodora se encargaba de dar á su amiga un curso oral de brujería.

La puso al tanto de todas las preocupaciones esplotables del vulgo, la enseñó algunas medicinas que pasaban por maravillosas, y desplegó ante la vista de Doña María todo el complicado cuadro de supercherías y combinaciones para todos los casos que pudieran presentarse.

Doña María puso á su maestra por toda condicion, para dedicarse á tan productiva ocupacion, no dejar de oir misa los Domingos y fiestas de guardar, y conservar, siquiera bien ocultos, sus santos, que consistian en malas pinturas y esculturas, representando á la Vírgen María y al Cristo crucificado.

Doña María hizo sus primeros ensayos, aplicando algunas medicinas para el espanto, para los celos y para el amor, aunque acerca de estas dos últimas enfermedades la crónica no asegura que obtuviera satisfactorios resultados.

Desde que Aldama y Quintero consultaron á Teodora si serían afortunados en el juego, esta se propuso no perderlos de vista, pues comprendió desde luego que aquellos parroquianos que tan bien habian pagado su primera consulta debian dejar á la casa todavia, con la ayuda de Dios, como decia Doña María, muy buenos tomines.

El muchacho que hemos visto arrastrarse por el pátio de la casa de Doña María, en presencia de Aldama y Quintero, era el agente de aquellas dos brujas, quienes lo utilizaban á su sabor como un sagaz espía.

El muchacho por su parte encontraba mas conforme con sus instintos de disipacion, de pereza y de ociosidad, ocuparse en maquinaciones y espionajes, que estudiar ó hacer

algo de provecho; de manera que estaba siempre listo para cualquier lance, que tomaba á pechos con la formalidad de un verdadero policía.

Tan luego como Aldama y Quintero salieron de la casa de Doña María y de Teodora, bastole á Manolo una seña de Teodora para lanzarse en seguimiento de aquellos caballeros.

—Vé sin tardar, Manolo, y si tres dias necesitas, le dijo Teodora, te los concedo; pero cuenta con decir la verdad y con traerme la noticia de todo ¿lo entiendes?

—Sí, tia Teodora, pero necesito dinero para gastos.

—Toma y corre, dijo Teodora dándole unas monedas de plata.

Manolo echó á correr, husmeando como un sabueso hasta encontrar la pista de los caballeros, que no iban lejos.

Desde la tarde de ese dia, hasta el momento en que hemos dejado á Blanco en el pátio de la casa de Doña Laureana, en la Villa de Guadalupe, la Tia Teodora supo cuanto pasaba á Aldama, á Quintero, á Blanco y á Don Carlos, y muy especialmente los últimos acontecimientos que hemos relatado, y que tuvieron lugar en la casita de Doña Laureana.

Inútil nos parece advertir que las dos sombras, una de muger y otra de un niño, que Blanco pudo apenas distinguir á causa de la inflamacion de sus ojos, fueron Teodora y Manolo, quienes desde el chiquero se impusieron de cuanto habia pasado.

Las onzas de Aldama y de Quintero, estaban definitivamente en poder de Teodora, quien se permitió esa misma noche el lujo de convidar á cenar á Doña María, sirviéndo

CAPILLA ALFONSINA

una gallina que Manolo habia pillado, y una botella de Jerez seco superior.

Teodora y Manolo habian llegado á la casita de la Candelaria de los patos como á las once.

Su primera operacion antes de cenar, fué sepultar las onzas de oro en una olla que ya guardaba otras monedas y volver á cubrir con tierra y basura aquel tesoro en que tenia bien poca parte Doña María.

Saboreando la gallina asada, regada con aquel magnífico Jerez que Teodora guardaba para las ocasiones solemnes, se hizo el colorario de las aventuradas operaciones de aquel dia.

—Mi Tia Teodora, decia Manolo, me debe en esta vez un regalito decente.

—Es justo contestó esta.

—El golpe fué bien dado; y por mi parte añadió Doña María, reclamo el importe de una misa á mi Señora de la Soledad, y una vela de á libra para mi Señor San Dimas.

Doña María creia acallar la voz de su conciencia con tales ofrendas, siempre que la Tia Teodora y Manolo hacian algun negocio; pero una vez cumplidos estos deberes, la vieja quedaba enteramente satisfecha.

—Estuve á punto, continuó Manolo, royendo un alon de la gallina, de que Doña Laureana me pillara en el pátio.

—¿Pero cómo diste con la heradacion, Manolo? le preguntó Teodora.

—Es muy sencillo. Tan luego como los caballeros entraron á la casa, cerraron la puerta, me dieron con ella en las narices, y quedamos incomunicados.

—¿Y qué hiciste en seguida?

—Llamar.

—¡Qué audaz es este chico,! murmuró Doña María; ¿con que llamaste?

—Llamé y me abrió Doña Laureana. Yo le pedi una limosna por amor de Dios haciendo el pobre ciego. Mire usted, añadió Manolo, llevando las manos á los ojos, mire usted que bien hago el ciego.

Efectivamente los ojos del chico presentaban un aspecto de deformidad estraordinaria: habia plegado hacia afuera los párpados superiores, que aparecian sanguinolentos.

—La buena Señora me socorrió, y me despedia en seguida; pero le dije que tenia hambre, y me invitó á que me sentara en el pátio en donde me sirvió algo de lo que los caballeros comian á la sazon, pues estaban de manteles largos.

Desde el pátio pude oir algo de lo que hablaban y pude tambien notar que en el lugar destinado á los cochinos, la pared estaba carcomida; ya saben ustedes, añadió tomando un aire grave, que los cochinos agujeran con la trompa: poco faltaba para que el agujero pasase al otro lado. Cuando hube engullido lo que Doña Laureana me sirvió, me despedi rezando en voz alta el Padre nuestro, y la Señora me dijo: "Vé con Dios" muy compadecida de mi situacion.

Cuando hubo cerrado la puerta, corrí al otro lado de la tápia y calculando el lugar del chiquero, me puse á escarbar, escondido en unos matorrales, de manera que no podia ser descubierto en mi obra de albañileria, ni por el pátio porque me cubria el chiquero, ni por el campo porque estaba entre los matorrales.

A poco escarbar cayó la tierra y pude penetrar al chiquero; desde allí ví al caballero á quien Doña Laureana, despues

CAPILLA ALFONSINA

le llamó Don Joaquin, llevar el dinero á la olla, y despues contar que el estudiante los habia robado.

—Entonces fué cuando me avisaste, interrumpió Teodora.

—Y ese fué el momento en que nos iba á atrapar el caballero. ¿Creerá usted, Doña María, que mi tia se empeñó en que volvieramos á entrar por el chiquero, á esponernos de nuevo, á pesar de tener ya en nuestro poder las onzas de oro?

—Eso yo tampoco lo comprendo.

—Pues es muy sencillo, dijo Teodora. La noche era muy oscura; Don Joaquin Blanco no nos conoce y ademas estaba casi ciego por que tenia arena dentro de los ojos y no encontraba agua por ninguna parte.

Sentí un tanto de compasion; y como llevaba yo mi cántaro en que traia como hacen todos los que van á la Villa, agua del Posito, quise á la vez que hacerle un bien, ensayar una bonita escena, que probablemente no olvidará ese caballero mientras viva. El infeliz daba compasion, y su posicion se prestaba á las mil maravillas, pues él mismo me daba datos para poder hablarle como si le conociera.

Ya verá usted Doña María, como estos datos nos sirven mas adelante. Esos caballeros tienen de volver á consultar mi ciencia, que me han de pagar bien cara.

Media hora despues de esta cena, las dos mugeres y el muchacho, dormian profundamente.

CAPITULO XIII.

EN EL CUAL SE VERA ENTRE OTRAS COSAS QUE DON MANUEL SENTIA ALGO EN SU INTERIOR QUE NO PODIA SER OTRA COSA QUE EL PECADO DEL SIGLO.

Sigamos ahora á Don Baltazar Quintero á la casa de Teresa.

A eso de las nueve de la noche, Teresa tendia la mano á Don Baltasar, esclamando.

—¡Cómo! ¡Señor Quintero! ¿por qué no viene usted esta noche acompañado de Don Felipe.

—Don Felipe está enfermo.

—¡Válgame Dios! Señor Quintero, que en cuidado me pone ¿Y qué es ello?

—En realidad es poca cosa.

—¿Algun lance de honor? preguntó Catalina.

CAPILLA ALFONSINA

—No precisamente; pero sí un lance de estocadas.

—Lo creia yo diestro, repuso Teresa con indiferencia.

—Diestro es; pero alevosamente ha sido herido.

—Entonces es una infámia.

—Sí que lo es; pero ya daremos leccciones de hidalguía al malnacido, bella Teresa.

—A mal nacidos y á cobardes, no hay leccion que les aproveche, si no es la de los palos.

—¿Y mucho tiempo estará enfermo Don Felipe? preguntó Catalina.

—Muy poco, alma mia, contestó Quintero, haciendo una guiñada á Catalina.

En este momento se presentó Don Manuel de la Rosa, Teresa y Catalina se levantaron de sus asientos para abrazar á Don Manuel, quién con el tono mas jovial del mundo se dejaba acariciar por aquellas dos buenas almas, como él las llamaba.

—Tenemos una pesadumbre, dijo Teresa poniendo la capa y el sombrero de Don Manuel en una silla: has de saber Manolito mio, continuó sentándose junto á su amante, que Don Felipe Aldama está herido.

—¡Pero como ha sido eso, Dios de Israel! esclamó Don Manuel, sin soltar las manos de Teresa.

—Unos pinchazos, Don Manuel. repuso Quintero; pero no es tán sensible la sangre derramada cuanto el motivo que la causó y la clase del agresor.

—Cuéntenos usted al punto toda esa historia que será bueno saber antes de nuestra partida de esta noche.

—¿Jugamos? interrumpió Catalina llena de gozo.

—Sin duda, dijo Don Manuel, voy á ganar esta noche to-

das las habas.

—¿Y todas nuestras onzas? preguntó Teresa fingiendo un aire pueril.

—Las tuyas, nó, Teresa; esas son sagradas.

Teresa tomó la cara de Don Manuel entre sus manos y lo besó en la boca.

Quintero dirijió una tierna mirada á Catalina.

—Vamos Don Baltasar, oigamos esa historia.

—Un momento, interrumpió Teresa. Que nos sirvan antes un poco de vino y unos biscochos: Catalina ese es negocio de tu incunbencia.

Y Catalina salió de la sala para dar sus órdenes.

Entre tanto Teresa y Don Manuel cuchicheaban y Quintero ojeaba un libro.

Fijemos nuestras miradas en Don Manuel, quien á medida que se enamoraba mas de Teresa, agotaba los recursos del tocador y de la presuncion.

Llevava una casaca de paño negro bordada de seda del mismo color, chupa de razo color de guinda tambien bordada. De su cuello se desprendia una chorrera de cambray batista bordada, y adornada con ricos encajes. Ajustados á sus muslos unos calzones sugetos bajo las rodillas con hebillas guarnecidas de piedras finas: en dos bolsitas abiertas en la pretina del calzon, colgado en los hombros bajo el chupin con tirantes bordados de oro, dos relojes, de los que pendian dos cintas de oro sosteniendo gruesos sellos.

Media de seda reluciente, y sobre todo, un zapato finísimo y coqueto, adornado con grandes hebillas de oro con esmeraldas.

Don Manuel habia rectificado por conducto de Teresa, des-

CAPILLA ALFONSINA

pues de haberlo descubierto por conducto de Doña Mariana, que tenia muy bonito pié.

Teresa se lo decia todos los dias á Don Manuel, y Don Manuel se lo agradecia todos los dias á Teresa.

Teresa por su parte desplegaba esa coquetería en el vestir propia de las mugeres maduras; quiere decir, que estaba lo menos vestida que le era posible.

Teresa era de formas redondas; tenia buen pecho y buenos brazos, de manera que no desperdiciaba la ocasion de mostrarlos.

Y el pecho y los brazos de Teresa eran el cielo de Don Manuel.

Catalina volvió á la sala seguida de Dominga y de otra criada, quienes en bandejas de plata traian puchas, rodeos y algunos otros biscochitos, un poco de queso y botellas de Moscatel y de Pedro Jimenez, del almacen de Don Manuel, quien se habia encargado de surtir semanariamente por mayor y menor la despensa de aquella casa.

—Supuesto que ya están aquí los biscochos dijo, ya puede Don Baltasar empezar esa historia.

Sentáronse en torno de la mesa, que de firme estaba en la sala, unas veces para merendar y casi siempre para poner el mónte, y Quintero, despues de la primera libacion, habló de esta manera:

—Temo mucho, mi Señor Don Manuel, que el relato de los sucesos, afecte á usted mas de lo que piensa.

—¡Dios de Israel! dijo Don Manuel; ¿y que parte puedo tener yo en esos asuntos?

—Hable usted pronto, Don Baltasar, esclamó Teresa.

—Comiamos alegremente nuestro amigo Aldama, Don

Joaquin Blanco, yo y . . . otra persona que á usted importa mucho conocer, Señor Don Manuel.

—¡Quién, quién era, por Dios Santo! dijo Teresa.

—Don Carlos Gonzalez.

—¿Y que tengo yo que ver con Don Carlos Gonzalez?

—¿No es acaso el nóvio de Isabel, la hija de usted?

—¡El novio de mi hija! y que mas dá; en eso no veó nada de estraño.

—Ya se vé, dijeron Teresa y Catalina.

—Es que ese mozo es quien ha herido á Don Felipe.

—¿Y bien? dijo Don Manuel.

—Que ese mozo, continuó Quintero, es un pillastre de cuenta, y que está en vísperas de morir á palos, como un lobo.

—Y adios casorio, dijo Teresa riendo.

—Será mejor acaso, añadió Catalina.

—Pero vamos al hecho, Señor Don Baltasar.

—El hecho es que por cualquier friolera hubieron de reñir Don Felipe y Don Carlos, y vinieron á las manos. Yo estaba ausente á la sazon, se apresuró á decir Quintero, y ese mozo atrevido riñó con Aldama y con Blanco venciendo á entrambos.

—Valiente debe ser.

—Afortunado.

—Si no fuera mas que valiente le perdonariamos, pero es ladron.

—¡Como! esclamó Don Manuel.

—Es el caso que por descansar del peso que nos ocasionaba el oro que llevabamos. Felipe y yo lo habiamos puesto sobre la mesa, y Don Carlos despues de derribar á sus ad-

versarios cargó con el oro y desapareció.

—¡Es posible!

—Nada mas cierto.

—Es una villanía, dijo Teresa.

—De facto, es una villanía, repitió Don Manuel, y por mas que haya jurado, no mesclarme mas en los asuntos de mi familia voy á proceder á que despidan á ese perillan, con quien en mis ausencias me desacreditan mi muger y mi hija.

—Harás muy bien en ello, mi Manolo.

—¡Y cómo que sí haré!

—Sin que por eso deje el perillan de llevar una felpa, agregó Quintero.

Don Manuel se habia puesto pensativo.

—¿Estás triste? le preguntó Teresa.

—Ya sabes, cielo mio, contestó Don Manuel que los asuntos de mi casa, me fastidian horriblemente.

—Tienes tú la culpa que los soportas.

—¿Y qué he de hacer?

—Acabar de una vez con todo el mundo. ¿Acaso no es eso lo que me ofreces todos los dias?

—Si, Teresa; te lo ofrezco; pero temo el escándalo.

—¡El escándalo! ¿y qué es el escándalo cuando se trata de tu tranquilidad y de la mia? ¿Acaso la sociedad á quien tanto temias cuando no sabias vivir, no te guarda hoy por tu dinero las mismas consideraciones que en otro tiempo, aunque la beata de tu muger te hable de escándalo y de pecados?

—Es cierto.

—Pues una poca de decision y acabaremos de ser felices. Mira, Manolito mio, en seguida nos trasladamos á una casita

donde vivamos juntos, donde á todas horas del dia y de la noche pueda estar contemplándote, donde nadie interrumpa nuestra felicidad, donde no tengamos el temor de que tus dependientes y todos los espías de tu muger nos vigilen y nos inquieten.

—Yo tambien lo deseo, Teresa mia; pero temo que mi muger entonces me declare la guerra abiertamente.

—¿Y que mas pudieras apetecer? la guerra en todo caso debe aceptarse de frente. Tambien nosotros lucharemos y triunfaremos.

—Quién sabe.

—¿Vacilas? Es preciso, es natural que te canse mi amor.

—¡Cansarme! ¡jamas!

—No me amas.

—¡Mas que nunca!

—Mas que nunca temes.

—No Teresa, á tu lado no temo nada.

—¿Será cierto Manuel?

—Estoy pronto á probarlo.

—¿Serás capáz?

—Inténtalo.

—¡Victoria! esclamó Teresa, levantándose. Presento á ustedes, añadió dirijiendose á Catalina y á Quintero; presento á ustedes á mi lejitimo esposo.

—¿Cómo es eso preguntó Quintero?

—¿Qué quiere decir? dijo Catalina.

—Quiero decir que mi Manuel me pertenece ya exclusivamente desde esta noche, que viviremos juntos, y que me voy á volver loca de alegría.

—Una copa por los nóvios, dijo Quintero.

CAPILLA ALFONSINA

—Con el alma, dijo Teresa llenando las copas.

Don Manuel sonreia de una manera estúpida, y se restregaba las manos.

Se bebió á la salud de los novios.

Teresa se excedió á sí misma en caricias y mimos á Don Manuel.

Quintero y Catalina quedaron definitivamente arreglados.

Don Manuel puso una esquela á su muger, que enviaron con Dominga.

La esquela estaba concebida en estos terminos.

"Doña Mariana.

Mi dependiente mayor pasará mañana, de mi órden, á sacar algunos objetos que me son necesarios. He decidido no molestarte mas con mi odiosa presencia. Adios.

M. de la R."

Enviada la carta á su destino, se tendió la carpeta de paño sobre la mesa y comenzaron los albures.

A las dos de la mañana, Don Manuel y Teresa se retiraron gananciosos.

Don Baltasar habia perdido.

Catalina habia ganado doble, y platicó con Quintero en la sala hasta la madrugada.

Don Manuel oyó roncar á Teresa, y se ertregó de lleno á sus reflecciones.

A pesar de que con el paso que acababa de dar alhagaba sus pasiones, la voz secreta de su conciencia, se rebelaba contra aquel proceder.

—Es cierto, decia, que mi muger me empalaga y me fastidia, pero yo debería no abandonarla, sobre todo por mi hija.

Si Mariana transijiera, si al menos convencida de que sus

años no me pueden prestar el atractivo que deseo, y se conformara con la paz doméstica, ¿qué mas podia ella apetecer por su parte?

Yo conozco que obra mal, que á mi edad no debia pensar mas que en mi familia pero ¡cuerno! yo jamas habia sentido amor, ni me pude figurar que se llegara á amar así.

Por mas que Fray José de la Purísima Concepcion, pretenda catequizarme con sus pláticas doctrinales, muy sábias y muy canónicas, yo siento en mí que no puedo enmendarme: hay una fuerza superior que me arrastra á este sitio á pesar de todo, á pesar mio.

Fray José me habla del infierno; el infierno es su caballo de batalla: pues aun las penas del infierno, con todo y que deben ser crueles, no me arredran, y casi cambio tranquilo mi eden de hoy por mi infierno de mañana.

Pues Señor, es buena cosa, que el hombre que nació para gozar, no sea dueño de sus acciones.

Mi juventud fué monótona y triste,

Mis padres procuraron por cuantos medios les fué posible forjarme un mundo que no es como el mundo en que vivo. Si yo hubiera conocido este mundo, no me hubiera casado con Mariana.

Mariana tampoco conoce el mundo ni lo conocerá jamás.

¡Chistoso sería que mi muger se enamorara como yó!

Sería imposible. La muger muere para el amor, mas temprano, y cuando empieza á ser vieja, adios mundo.

El hombre vive mas. En todo caso yo no estoy mas que reparando una falta.

Se me olvidó ser jóven.

Nunca amé mas muger que á Mariana, y el amor de Ma-

CAPILLA ALFONSINA

riana es demasiado santo, demasiado místico y demasiado empalagoso.

¿Si vendremos á parar en que mi padre tiene la culpa de todo esto?

Bien visto él tuvo la mejor intencion del mundo, al querer hacerme bueno, como él me decia, y yo por mi parte no tuve el talento necesario para hacerme un poco malo.

Yo no tengo la culpa de los anacronismos de mi vida.

En el órden natural estaba que yo hubiera amado primero á Teresa y luego á Mariana; pero yo no tengo la culpa de haber conocido primero á Mariana, que á Teresa.

Yo comprendo que cansado de Teresa podria muy bien soportar á Mariana y hasta amarla. ¡Como ha de ser!

En todo caso, ese fué mi destino y el destino de mi muger.

Al empezar á vivir en este mundo nuevo, me he sentido otro, y he sentido el deseo de borrar de mi vida, todo lo pasado para empezar de nuevo....Sí....sí, empecemos de nuevo.....

Y Don Manuel se quedó dormido.

CAPITULO XIV.

EN EL QUE EL LECTOR CONOCERÁ ALGUNOS DE LOS EFECTOS DEL PECADO DEL SIGLO.

Don Carlos una vez fuera de la casa de Doña Laureana, se dirijió en derechura á la casa de su nóvia.

Ya hacia ya mas de una hora que Isabel estaba esperando á su amante.

Procuraremos que el lector conozca un poco mas á esta joven.

Isabel era en la vida de Doña Mariana, no solo su hija, sino su parte complementaria.

En la edad en que la muger comienza á darse cuenta del desarrollo de sus facultades, en esa aurora de la vida intelectual en que los objetos esteriores comienzan á dibujarse dis-

CAPILLA ALFONSINA